



Miguel de Cervantes Saavedra

# El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

## Capítulo primero

*Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo  
Don Quijote de la Mancha*

### I

**E**n un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más de vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellori de los más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. [...]

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos. [...]

En resolución, él se enfrasco tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros [...]; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

## II

**R**ematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído deshaciendo todo género de agravio<sup>1</sup>, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. [...] Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas lo mejor que pudo. [...]

Fue luego a ver su rocín, y [...] le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría ; porque –según se decía él a sí mismo –no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido ; [...]y así, después de muchos nombres que formó, borró, y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *Don Quijote* ; [...] Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas<sup>2</sup>, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *Don Quijote de la Mancha*.

Limpias, pues, sus armas, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse ; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma.

¡Oh, cómo se holgó<sup>3</sup> nuestro buen caballero[...] cuando halló a dar nombre de su dama ! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y buscándole nombre de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Totoso*, porque era natural del Toboso ; nombre a su parecer, músico y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

---

<sup>1</sup> agraviar, el agravio : ofender, la ofensa, la injusticia

<sup>2</sup> a secas = *tout court*

<sup>3</sup> holgarse : alegrarse